

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES

Jornada de Becarios y Tesistas 2014

---

**Título: Fundamentos teóricos para el estudio de los géneros editoriales y su relación con los procesos sociales de formación de subjetividad.**

**Autor: Martín Gonzalo Gómez.**

Dirección electrónica: martin.gonzalo.gomez@gmail.com / mgomez@cap.uvq.edu.ar

Formación de grado: Editor (UBA).

Formación de posgrado: Especialista en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ).

Posgrado en curso: Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades (orientación: Comunicación).

Tipo de beca: PROFITE 2014, Ministerio de Educación de la Nación (Res. 2775).

Institución: Universidad Nacional de Quilmes, Departamento de Ciencias Sociales.

Tema de la tesis en preparación: relación entre géneros editoriales y formación de subjetividad.

Director de la tesis: Alejandro Kaufman.

---

## **Introducción**

La propuesta de la tesis, para la cual se desarrollan aquí los fundamentos teóricos, es hacer un reconocimiento crítico de las relaciones sociales y discursivas establecidas entre los distintos tipos de subjetividad contemporánea en disputa y los correspondientes géneros editoriales en los cuales se hallan institucionalizados y por medio de los cuales comunican socialmente sus premisas.

Asumiendo que es posible analizar ciertos procesos sociales a partir de variaciones específicas en el sistema editorial, el propósito es comprender el grado en que los cambios acaecidos en la subjetividad contemporánea, en el pasaje del siglo XX al XXI, inciden en la reformulación de los géneros editoriales, y viceversa.

Para llegar a conocer, desde la perspectiva de los géneros editoriales, en qué medida el sistema editorial se reconfigura a partir de los cambios y disputas en torno a formación de la subjetividad contemporánea, los casos paradigmáticos a estudiar de forma comparativa serán los géneros editoriales de la “autoayuda empresarial” y el de “memoria social”. Motiva el interés particular en esta cuestión el complejo proceso de surgimiento y reformulación de los géneros editoriales, su relación con las distintas esferas de la praxis social y, particularmente, su incidencia en el cambio de paradigma en el ámbito de la subjetividad contemporánea.

Se comprenden los géneros editoriales como un objeto en construcción abierto a los proyectos y acciones que se llevan adelante en el sistema productivo de comunicación y transmisión editorial, que permite incorporar en su constitución a los diversos actores y prácticas que la edición pone en juego en comunidad. Toda praxis comunicativa se ha convertido en un espacio estratégico de complejas mediaciones donde se articulan más que medios: prácticas, movimientos sociales, diferentes temporalidades y pluralidad de matrices culturales (Martín-Barbero, 1987: 203). La edición y sus géneros atraviesan estos procesos donde se pone en juego la subjetividad contemporánea, en su recorrido que va del discurso social al proyecto cultural.

### **Construcción epistemológica de los géneros editoriales**

Una primera cuestión a considerar al momento de concebir los géneros editoriales es evitar caer en el error frecuente de construir un objeto que dependa de una sola variable (por ejemplo, tecnológica o estilística) o de un estadio particular de una de esas variables (por ejemplo, libro impreso o libro

digital). Es preciso hallar, desde nuestro enfoque, el lugar de estos elementos en una teorización práctica, articulada e integradora.

Resulta abstracto considerar la tecnología aisladamente en su racionalidad intrínseca, como un proceso productivo en sí mismo, si no se considera la totalidad sociohistórica en la que nuestro ámbito de producción sucede y cobra sentido. Esto implica una visión política, y no solo técnica, de la praxis en consideración en cualquier ámbito productivo (Dussel, 1984: 229-238).

Los géneros editoriales actúan en la comunicación y transmisión cultural inscriptos a su vez necesariamente en un determinado recurso tecnológico, el cual ha variado a lo largo de la historia desde los tiempos de la oralidad hasta los actuales medios “digitales” o “electrónicos”. Por esto mismo, la edición es un ámbito de revelación fáctica de la existencia de esa misma matriz que conforman la tecnología y la cultura, ni contrapuestas ni complementarias, sino imbricadas en sucesivas esferas productivas a su vez con sus propias genealogías (Kaufman, 2007: 76-83).

En este marco, los géneros editoriales se desarrollan, según Bajtín, en *condiciones de comunicación cultural compleja*: esferas discursivas que tienden a la especialización, con “encadenamientos” de obras y mediaciones tecnológicas más allá de la interlocución inmediata, altamente desarrolladas — artísticas, científicas, sociopolíticas, etcétera— (2002: 248-293). Ver más allá del libro aislado (una “unidad” dentro de un género) permite avanzar hacia un espacio integrador donde poder concebir una articulación conceptual que incluya diversas dimensiones constitutivas.

En este sentido, se definen aquí los géneros editoriales como la modalidad desarrollada por los seres humanos en comunidad para transmitir, por medio del diálogo intergeneracional, su producción cultural socialmente instituyente, a partir de proyectos y acciones editoriales específicos que comunican a los objetos y sujetos de esa transmisión, constituida a su vez por una determinada discursividad y practicada desde una cierta materialidad experiencial.

A partir de esta definición, es posible identificar, en principio, las siguientes dimensiones que hacen a la construcción de estos géneros: el *objeto*, el *sujeto*, la *discursividad* y la *materialidad*, a su vez atravesadas cada una por un eje que pone en relación elementos variables. La intervención humana

y colectiva es decisiva para su existencia. Por ello, se entiende que se debe incorporar al análisis una quinta dimensión transversal relativa a los *proyectos y acciones* —una *praxis* en continua marcha— que, en conjunto, actúan dentro del *sistema de producción editorial* (Gómez, 2014).

### **La dimensión del objeto**

En la dimensión del *objeto* se encuentra un eje que va del *texto* a la *tecnología*, es decir, de lo que suele llamarse el “contenido” u “obra” a lo que suele llamarse el “soporte” de esa obra.

Esta separación entre “contenido” y “soporte”, tan naturalizada en nuestro campo, resulta problemática, dado que atribuye a dicho soporte una función de receptáculo inerte. El funcionamiento y la transformación de las interfaces del conocimiento, que interactúan con nuestro campo perceptivo para hacer posible el acceso a ese “contenido”, revelan la existencia de una configuración que supera aquella separación simplificadora y que da paso a la dimensión más compleja y articuladora de nuestro planteo. Se trata de un espacio de interacción que da forma a verdaderos dispositivos de significación y que se ha venido describiendo de forma parcial alrededor de cada soporte tecnológico —como *paratextos*, en relación con el libro impreso (Genette, 2001: 7-18), y luego como *interfaces*, precisamente, al ampliarlo al ámbito de las interacciones digitales (Scolari, 2004: 102-104)—.

Son de observar por ejemplo las huellas de la oralidad en los inicios de la tipografía. En la primera etapa de la imprenta, la percepción de un texto se consideraba aún un proceso iniciado por la vista, pero completado de manera auditiva. El predominio auditivo se puede percibir en portadas impresas del siglo XVI, donde se suelen encontrar palabras centrales divididas con guiones o inicios de títulos con tipos grandes y decrecientes, que imitaban la declamación. Son marcas de los géneros de la oralidad transferidas a la tipografía, huellas que no son “soporte” ni “contenido”, pero revelan toda una experiencia de acceso y estructuración de la percepción.

Las interfaces están sujetas a un proceso de continuidad y transformación. Basta con comparar una página de la Biblia de 42 líneas, obra maestra tipográfica de Gutenberg en 1452, en la que predomina una rica decoración a mano que recuerda a los manuscritos contemporáneos, con alguna página de aquellos otros libros que ya a fines del siglo XV mostraban folio y párrafos separados y sangrados. Las ideas comenzaban a contenerse en bloques de texto propios del soporte impreso, una forma de agrupamiento del conocimiento que es parte, precisamente, de las interfaces de acceso que comenzaban a delinearse en aquel momento y que atraviesan los siglos de la Modernidad hasta nuestros días. Se piensa y se conoce a través de formas que fueron creadas en un lugar y un tiempo específicos, y para atender necesidades muy concretas.

La continuidad de este proceso se puede reconocer en diferentes producciones posteriores. Por ejemplo, desde comienzos del siglo XVII, comienza a estandarizarse el ordenamiento alfabético. Este método se había conocido desde la Edad Media. La novedad en el siglo XVII fue que dejó de ser un sistema de clasificación subordinado y se convirtió en un dispositivo fundamental para los géneros en ascenso de la ciencia y también de las artes y la divulgación. Hoy nos resulta “natural”, pero se adoptó en un momento en que el nuevo conocimiento científico entraba en el sistema con una rapidez excesiva como para ser metodizado.

Desde luego, esta dimensión no es solo analizable en períodos históricos precedentes. Las personas interactúan permanentemente con el conocimiento mediadas por paratextos e interfaces. Aquí el trabajo del diseño es clave en la configuración de elementos sistémicos, por ejemplo, en la definición de cubiertas de obras que remiten a un “texto” mayor, a un catálogo o línea sobre cualquier género que los continúa y que termina de otorgarles todo el sentido que por sí solas no poseen. Esto es fácil de distinguir en colecciones de libros con un fuerte sentido de “colección”, sea de una editorial, de una institución —universitaria, por ejemplo—, entre otras.

En esta dimensión de análisis se ha avanzado en el campo de la comunicación desde un enfoque de tipo tecnológico-mediológico. Las posibilidades no se agotan en los ejemplos antevistos, sino que se expanden a partir de las preguntas que se pueden generar desde esta dimensión. ¿Cómo es la

relación entre el medio editorial y el campo de la percepción? ¿De qué manera funcionan los medios como lugar de asiento de elementos culturales? ¿Qué consecuencias acarrearán las transformaciones de los lenguajes expresivos del objeto comunicacional? ¿Cómo se articula el texto del género con cada tecnología en particular? Son solo algunas cuestiones posibles para seguir pensando la incidencia de esta dimensión en la constitución de los géneros editoriales.

### **La dimensión de la discursividad**

En la dimensión de la *discursividad* se encuentra un eje que va del *texto* a la *creación*, es decir, de lo que suele llamarse el “contenido” u “obra” a lo que suele llamarse la “autoría” de esa obra.

En esto se ha avanzado en el campo de la comunicación desde enfoques semiótico-discursivos. Las preguntas para pensar esta dimensión son múltiples: ¿Cómo son las relaciones de las producciones editoriales a través de la comunicación textual? ¿Qué lugar ocupa la edición en la genealogía discursiva de la formación del sentido social? ¿Cómo sucede la transposición de los géneros a través de los distintos medios? ¿Cómo se configura la ideología en el discurso de dichos medios? Por último, ¿cómo se articula el texto, en este caso, con su ineludible —y constitutiva— instancia de creación?

Como posible vía específica de análisis, se encuentra aquí el lenguaje de las representaciones. Ejemplos clásicos son los análisis de los “mitos” que realizó Barthes (2003) en la década de 1950 sobre revistas de actualidad, por ejemplo, con el discurso de la “italianidad” en la publicidad o el discurso del nacionalismo francés en revistas de la época como *Paris Match*. Su análisis se basaba en el reconocimiento de un segundo sistema de signos que se construye teniendo como significantes a los signos de un primer sistema constituido por los diversos lenguajes expresivos —texto, imagen, etcétera—. Un lenguaje representacional elaborado a partir de lenguajes gráficos.

Esta dimensión de los géneros es reconocible en numerosos ejemplos característicos del ámbito de las industrias culturales. Por ejemplo, en la construcción de estereotipos en la literatura masiva del

siglo XX, como la colección *Corín Tellado*, que desde España dominó la segunda mitad del siglo XX con la venta de más de 400 millones de ejemplares de novelas traducidas a más de veinte idiomas y llevadas al cine, la radio y la televisión, y en la cual el eje de análisis se halla, desde nuestra perspectiva, en los modelos de vida que construía y difundía —de mujer, de pareja, de familia, etcétera—. La fuerza discursiva de los estereotipos se demuestra en su capacidad de sustitución simbólica del individuo por el estereotipo, a partir de conformar en la esfera de las representaciones esquemas de pensamiento que pueden actuar como memoria para sucesivas interpretaciones de la realidad (Adorno y Horkheimer, 2006: 165-212).

Esta vía de análisis permite ver que las problemáticas socioculturales de la edición exceden completamente el “mundo de los libros”. El discurso de los estereotipos atraviesa distintas modalidades de producción y comunicación cultural; se pueden encontrar precedentes del ejemplo anterior en el vasto arsenal de modelos difundidos masivamente por la industria cinematográfica estadounidense a partir de la Segunda Guerra Mundial, lo que demuestra una discursividad que excede al medio impreso: la pareja ideal, el norteamericano exitoso, los comportamientos modélicos en sociedad, el varón rudo, la mujer fatal, la familia ideal, entre otros.

Nuevamente, este tipo de análisis es factible aplicado tanto a cuestiones históricas como actuales. Todo acontecimiento en el que se pongan en juego intereses políticos puede servir de ejemplo para observar esto en la superficie discursiva de medios masivos de comunicación como los periódicos. Así, en este género particular, según las tapas del miércoles 6 de marzo de 2013, el fallecimiento del presidente de Venezuela Hugo Chávez puede ser, para *Página/12*, su entrada, sonriente, “en la historia”; para *La Nación*, un acontecimiento para mostrar la necesidad —traducción de la ansiedad de los editorialistas— de “convocar a elecciones”; o bien, para *Clarín*, un momento imperdible para retratarlo como un “líder populista”, “polémico, audaz y autoritario” —que, además, para reforzar el sentido negativo, enfrenta al lector con un gesto desafiante y en sentido contrario a la lectura—. <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Estos son solo ejemplos de los numerosos métodos que forman parte de la “cocina” de la prensa (Jaureche, 2007: 157-176).

El hecho de base es uno solo: el fallecimiento de un presidente. Ese hecho adquiere luego, en los textos mediáticos por medio de diversas estrategias de composición gráfica, diferentes discursividades, que a su vez nos conducen en cada caso a las intencionalidades particulares de cada instancia de creación de dichos textos.

### **La dimensión de la materialidad**

En la dimensión de la *materialidad* se encuentra el eje que va de la *tecnología* a la *lectura*, es decir, de lo que suele llamarse el “soporte” de un “contenido” u “obra” a la instancia de su recepción, de su apropiación, de su utilización concreta por parte de un “lector”.

Esta dimensión se ha investigado por extenso desde el enfoque de la historia cultural, con énfasis en la historia de las prácticas de lectura, en respuesta a la premisa central de que las formas producen sentido (Cavallo y Chartier, 1998). Varias son las preguntas disparadoras: ¿Cómo se relacionan los significados y las formas y circunstancias a través de las cuales las personas (lectores, oyentes, etcétera) los reciben y se los apropian? ¿Cómo circulan los objetos editoriales y la identidad de sus prácticas? ¿Cuáles son las restricciones y las libertades materiales en el ejercicio de construcción del sentido? En suma, ¿cuáles son las regularidades y las transformaciones identificables en las prácticas de la lectura y su relación con cada tecnología editorial?

Se observa aquí la materialidad de los textos en la práctica de sus lectores, una relación con el producto de la edición que se efectúa a través de técnicas y gestos particulares, un conjunto compuesto por una operación intelectual, una puesta corporal en un espacio específico y una relación del lector consigo mismo y con los demás. Esto puede observarse, por ejemplo, en la funcionalidad de la lectura en voz alta, que puede comunicar lo escrito a quienes no conocen las técnicas para descifrar sus formas, y al mismo tiempo fomentar determinadas formas de sociabilidad a través del uso de ciertos géneros y en diversas modalidades de convivencia.

Asimismo, la expansión social y la diversidad productiva en el uso de una tecnología puede relacionarse con la expansión de nuevos grupos de lectores: sea, por ejemplo, siguiendo una variable de género (las mujeres), de edad (los niños) o de clase (los obreros), la expansión del escrito impreso y difundido en un creciente ámbito social aporta géneros específicos según los usos de cada grupo de lectores (Lyons, 1998). Los datos de los usuarios según profesión recabados por las bibliotecas populares parisinas de fines del siglo XIX le han servido a Lyons para mostrar cuantitativamente correlaciones con estos cambios cualitativos.

Nuevos lectores para la tecnología del libro generan nuevas experiencias de lectura, y los cambios dejan huellas, por ejemplo, en otros campos de la producción como el arte.

La lectura del varón canónico del siglo XIX, sumido en una lectura seria y erudita, en profundas reflexiones sobre un grueso y pesado tomo, se distingue de la lectura femenina del libro con formato “novela” en un paseo al aire libre.<sup>2</sup> A su vez, la jerarquía hombre-mujer dispone al primero por sobre la segunda en la administración de la lectura y su sentido, en la misma época en que las mujeres comparten de forma horizontal la lectura de pequeños volúmenes.<sup>3</sup>

En este tipo de análisis puede rastrearse el proceso de reformulación de, por ejemplo, el lugar de la mujer como lectora en un determinado tiempo y lugar (en este caso, la Europa del siglo XIX), teniendo como referencia sus géneros específicos. Siguiendo este ejemplo, pueden confrontarse las por entonces cada vez más exitosas “revistas de moda”, que buscan un público amplio, alternan la ficción con consejos sobre la intendencia del hogar, páginas de moda, grabados y descripciones de vestidos, con otras revistas que hoy se podrían ver como “feministas”, que ponen en juego otros sentidos y debates, proponiendo el establecimiento del divorcio, impulsando la participación ciudadana de las mujeres y fomentando la educación de las niñas. No casualmente las primeras, en aquel período, eran producidas por hombres, mientras que en las segundas era factible encontrar la novedad de la dirección por parte de mujeres.

---

<sup>2</sup> El primero, representado por ejemplo por Édouard Manet en 1861; la segunda, por Claude Monet en 1872.

<sup>3</sup> Se pueden reconocer tales representaciones en obras de Henri Fantin-Latour de 1875 y 1877.

En todos los casos, una particular experiencia de lectura y construcción de sentido grupal y social se desarrolla a partir de usos concretos de una tecnología comunicativa en expansión.

### **La dimensión del sujeto**

En la dimensión del *sujeto* se encuentra el eje que va de la *creación* a la *lectura*, es decir, de lo que suele llamarse la “autoría” de un “contenido” u “obra” a la instancia de su recepción, de su apropiación, de su utilización concreta por parte de un “lector”.

Las formas de participación cultural por medio de la edición pueden ocurrir en la interacción e interpretación de sus “productos” y las llamadas “industrias culturales”, en géneros de gran difusión —como, por ejemplo, dentro de ciertas literaturas (canónicas o en boga)—, bajo la forma de estrategias de pertenencia social que se debaten entre el sentido unívoco de lo “literal” y la autonomía de la práctica lectora (De Certeau, 1996: 177-189). Pero en esto hay un potencial de expresión y comunicación que puede desarrollarse tanto en un sentido emancipador como exclusivista, que compete a cuestiones de producción y de consumo de objetos culturales, políticas públicas y politización de identidades e intereses (Waisbord, 2009: 203-207).

Se puede pensar, por ejemplo —como se hará en la investigación de la tesis—, en la subjetividad propia del neoliberalismo. Su construcción se ha sustentado en un extenso desarrollo no solo económico y político específicamente, sino además en una “bibliografía” propia que, legitimada por determinados autores promovidos como autoridades, han dado forma a géneros que delinean un tipo particular de subjetividad funcional al sistema económico imperante. No es azaroso que se observe un recorrido que va de la evolución paradigmática del pensamiento administrativo centrado en el “ejecutivo eficaz”<sup>4</sup> a la premisa de la “gente altamente efectiva”, ya no solo en la gestión empresarial, sino en todos los ámbitos de la vida cotidiana.<sup>5</sup> La consolidación de un sistema económico neoliberal a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, en efecto, ha precisado para su

---

<sup>4</sup> Drucker, P. (2002 [1966]). *The Effective Executive*. Nueva York, Harper-Collins.

<sup>5</sup> Covey, S. (2008 [1989]). *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*. Buenos Aires, Paidós.

desarrollo de personas sumisas y “efectivas” que, ante la falta del Estado y el resquebrajamiento del sentido comunitario, se fueron encontrando progresivamente a merced de su “autoayuda”.

En este ejemplo, se ve en acción todo un género que propugna la desaparición del sujeto, diluido en las premisas del individualismo y la masividad, instrumentado con técnicas de adaptabilidad al entorno aplicables a todos, es decir, estándares. Un recorrido por las portadas de muchos libros de administración y gestión y de “comportamiento organizacional” permite observar este lugar asignado al sujeto lector de este género: representado por sombras o contornos, sin rostro o directamente asimilado a una “manada”, entre otras posibilidades. Luego, en el interior de estas obras, se pueden encontrar toda una serie de dispositivos para la internalización del control del comportamiento (tablas para pautar los propios tiempos, gráficos para orientar la acción personal, etcétera). Los autores de estos dispositivos no son neutrales ni pasivos, sino que por lo general son agentes profesionales con marcadas relaciones de interés con empresas y corporaciones que requieren de este tipo de subjetividad.

Desde luego, este es solo un ejemplo entre muchos otros posibles en los que se puede analizar la dimensión del sujeto de un género. De hecho, el análisis de géneros por medio de esta dimensión puede llegar a revelar todo un campo donde se pone en juego la disputa por la subjetividad contemporánea. Precisamente, en contraposición a la construcción de un sujeto individualista y ahistórico como el señalado anteriormente, se puede observar el impulso y desarrollo actual del género sobre memoria social, en el que acontece una reconstrucción del sujeto colectivo y de su historia reciente. Abundan ejemplos de emprendimientos de diverso tipo y escala —las ediciones de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la edición de escritores detenidos-desaparecidos y otras obras en el programa “Memoria en movimiento” de la Secretaría de Comunicación Pública de la Nación, o la inauguración de la colección “Memoria, Verdad y Justicia” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires—. En todos ellos, no solo cambia el sujeto “lector”, sino que

aparece toda una articulación significativa entre nuevos interlocutores, tanto “autores” como “lectores”.<sup>6</sup>

En esta dimensión se ha podido avanzar en el campo de la comunicación desde enfoques de tipo interpretativo-intersubjetivos, a partir de preguntas como las siguientes: ¿Cómo acontece la intersubjetividad a partir de las distintas prácticas comunicacionales? ¿Cuáles son las posibles relaciones de autonomía y dominación por medio de usos y lecturas de obras culturales? ¿Qué prácticas culturales emergentes y alternativas suceden desde la edición? ¿Qué tipo de estrategias de interpretación y significación surgen desde la experiencia de lectura? En definitiva, ¿cómo se articulan en los géneros las instancias de creación y de lectura?

### **El sistema de producción editorial**

Hasta aquí se ha visto que los géneros editoriales están contruidos por determinados sujetos y objetos, y por cierta discursividad y materialidad. Ahora bien, ¿cómo se conducen y recorren tales géneros en sociedad? ¿Quiénes los ponen en circulación, con qué intenciones y por medio de qué formas y modalidades de acción? En este punto, la mediación e intervención humana colectiva es decisiva para la comunicación cultural, en un sentido ontológico y moral, dentro de una concepción antropológica en la que los procesos comunicacionales son constituyentes de lo humano (Schmucler, 1997: 109-115). En el caso de nuestro planteo, se trata de una dimensión transversal que se incorpora a las anteriores para completar el análisis, relativo a la *praxis* —los proyectos y acciones editoriales identificables— en el marco del sistema de producción editorial donde se construyen, se desarrollan y circulan los géneros.

La *concepción*, *mediación*, *recepción* y *vehiculización* son acciones específicas que se realizan en el ámbito sociocultural a través de los roles socialmente establecidos de todo proyecto editorial —

---

<sup>6</sup> Esto se puede observar, por ejemplo, en *Acá se juzga a genocidas* (2012), libro que abre la colección mencionada: de producción colectiva, reconstruye el acontecimiento de los juicios a genocidas en nuestro país por medio de diversas formas creativas y gráficas, con la participación de estudiantes, docentes, organismos de derechos humanos y la universidad pública.

naturalizados por lo común como “autor”, “editor”, “lector” y “libro”, respectivamente—,<sup>7</sup> que se articulan en el modo específico de producción y transmisión cultural propio de nuestras sociedades (Bourdieu, 2002; Chartier, 1988; Hesse, 1998). Desde una mirada sociológica, se puede reconocer su consolidación y funcionamiento como instituciones específicas de nuestro entorno ya que contienen, más o menos estables y a su vez sujetas a una gradual transformación, significaciones simbólicas instituyentes (Castoriadis, 2007).<sup>8</sup>

Estas nociones, construidas en torno a los roles sociales que actúan en la edición, se definen por su función como recursos culturales compartidos por una sociedad en el proceso de construcción individual y colectiva del discurso social, tanto en un sentido *sincrónico-social*, como *diacrónico-cultural* (Debray, 2001: 13-23). Como medio de comunicación cultural, de información y conocimientos, actúa así como un mediador sincrónico situado en la sucesión histórica de la transmisión. Los géneros comunican dentro de un mismo espacio social, en un presente continuo, al tiempo que se inscriben en la sucesión temporal del sentido que conforma una comunidad; por ello, trabajan de forma articulada sobre el discurso y la memoria colectiva. Se trata de un proceso constitutivo del sentido humano situado espacio-temporalmente. Por esta razón, se hablará de un *sistema de producción*, pero no en el sentido corriente que lo restringe al ámbito de la producción industrial de libros, sino en un sentido amplio, como *esfera productiva de la comunicación y la transmisión editorial*: el fenómeno de la edición se construye como proceso histórico al mismo tiempo que actúa como sistema social.

Los objetos culturales no están relacionados de un modo natural o racional de por sí: se presentan en un conjunto indisociable, comprensible para cada sociedad en un lugar y un tiempo determinados. Son recursos para comprender y significar el mundo, en un proceso de socialización

---

<sup>7</sup> Acciones que forman una trama por donde se diseminan en muchos otros roles, antes fusionados. Por ejemplo, la “librería”: sus readaptaciones muestran el funcionamiento interrelacionado del entramado —como la necesidad de las librerías de diversificar sus roles para sobrevivir en la forma de bibliotecas, salones temáticos, cafés literarios, etcétera (Klein, 2005: 196-197)—.

<sup>8</sup> En la superficie de las expresiones corporativas sobre la edición pueden reconocerse, en signos muchas veces explícitos y ampliamente naturalizados, estas representaciones instituyentes del sentido del sistema editorial. Un ejemplo paradigmático es el de las “ferias del libro”, como la de Buenos Aires, rito anual en el que pueden observarse en acción la función “autor” como principio de significación (Foucault, 2004: 14-46), a mitad de camino entre la autoridad intelectual y la venta in situ, o las representaciones de los “lectores” como una poblada anónima de fieles en procesión, entre otras (Gómez, 2010).

del imaginario social instituyente por el cual, a través del discurso social (Angenot, 2012: 21-28), se retoman sus significaciones y se discuten o interiorizan. De aquí la importancia de los géneros como artefactos de comunicación social y transmisión cultural, y su devenir en el sistema productivo editorial. En este espacio sucede la acción humana y colectiva, organizada o espontánea, a través de acciones y proyectos editoriales.

En efecto, los géneros editoriales son producidos, retomados, reformulados, por medio del trabajo que realizan *proyectos* y *acciones* editoriales de todo tipo. Son *proyectos* aquellos trabajos que implican una planificación y una sistematicidad en la labor editorial que emprenden; a ellos se suman en esta dimensión de análisis diversas *acciones* que pueden no enmarcarse en una planificación o emprendimiento específico, pero que igualmente interceden en los procesos antes mencionados en relación con el devenir de los géneros editoriales.

Al abrir el juego a la inclusión de una amplia diversidad de posibilidades dentro de la actividad editorial, es posible comenzar a identificar una modalidad propia de constitución de nuestras culturas, que se disemina en un sinnúmero de proyectos y acciones, unas veces visibles y otras, no tanto. Pueden ser grandes empresas editoriales —como el Centro Editor de América Latina, que con sus colecciones dio forma a lo largo de tres décadas a toda una utopía iluminista y democratizadora del conocimiento (Gociol, 2009: 11-16)— o proyectos de proporciones más humildes —como Los Detectives Salvajes, concebido como una forma político-editorial de recuperar palabras olvidadas, silenciadas e ignoradas a partir del terrorismo de Estado (Axat, 2011: 69-70)—, tanto como bibliotecas de todo tipo —por ejemplo, no es concebible la edición y transmisión de los géneros de las humanidades en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA sin la acción conjunta de su editorial y su biblioteca— o bien emprendimientos y acciones de colectivos de activistas o intelectuales de todo tipo —reunidos en torno a revistas culturales como *Crisis* (Sonderéguer, 2008: 9-26) o a movimientos revolucionarios como la llamada “República de las Letras” (Burke, 2011), entre otros—. Los procesos de digitalización que se han acrecentado en las últimas décadas abren también todo un espacio nuevo de proyectos y acciones editoriales, que van desde iniciativas

globales y conflictivas respecto de los derechos públicos que pueden afectar —por ejemplo, el caso Google (Darnton, 2009)— hasta acciones de alcance en principio local y de intencionalidad inversa, por cuanto apuntan a defender dichos derechos —por ejemplo, la digitalización de textos del género de la filosofía para uso educativo, que enfrentó a usuarios y docentes con grandes corporaciones como la Cámara Argentina del Libro (Potel, 2010: 45-50)—.

En esta dimensión se relaciona la especificidad temática —cierta “literatura”— con la industria editorial, la organización de los emprendimientos y la ideología de sus mediadores: las formas de comercialización, producción y “competencia” dominantes inciden en la mayor o menor autonomía del género y en los modos de acceso y circulación; por ejemplo, la marcada tendencia oligopólica del mercado editorial a fines del siglo XX se correlaciona con una crisis de la producción de géneros literarios, con el énfasis en modelos estandarizados, con el cierre de librerías de fondo, etcétera (Moszczyńska, 2009: 11-21).

Los casos y eventos de praxis editorial son innumerables. Muchos se imponen, como en este último ejemplo, por fuerza de la evidencia, pero no están dados de antemano: dependen del recorte particular y de la escala de análisis del observador. Se han mencionado solo algunas posibilidades para ilustrar con casos concretos los conceptos esbozados. Es una línea para investigar que permite enriquecer las posibilidades de desarrollo del campo del conocimiento editorial, que por lo general ha quedado reducido a la mera observación de los fenómenos más explícita y evidentemente “editoriales”. Este planteo no se reduce a las empresas: comprende toda una *praxis editorial*, que bien puede luego expresarse en empresas, instituciones, movimientos, proyectos y en las más diversas acciones.

En el campo de la comunicación se ha avanzado en esta perspectiva desde el enfoque de la economía y política de los medios de comunicación y cultura. ¿Cómo funciona la edición en cada sistema productivo-cultural? ¿Cómo inciden la mercadotecnia y otras constricciones coyunturales e ideológicas en la producción y distribución de un género? ¿Qué estrategias editoriales de difusión y ampliación del acceso al conocimiento son posibles o deseables? ¿Qué tensiones y relaciones se

pueden identificar entre creatividad e intercambio en la producción cultural? Son solo algunas de las cuestiones en las cuales es posible avanzar en este campo.

### **Géneros editoriales y formación de subjetividad**

A partir de estos fundamentos teóricos que definen la constitución, origen y función de los géneros editoriales, es posible observar su incidencia y a la vez condicionamiento recíproco con los procesos sociales de formación de subjetividad. Para ello, la dimensión sobre la cual se pondrá el mayor énfasis es la del sujeto, es decir, aquella cuyo eje va de la creación a la lectura, de la instancia de “autoría” a la de su recepción, su apropiación, su utilización subjetiva concreta.

Para esto se podrá recurrir a la articulación de las demás dimensiones, en tanto se considere que no es posible pensar los géneros desde una sola característica. Entonces, ¿qué clase de subjetividad desarrollan ciertos objetos editoriales, portadores de una cierta discursividad, producidos por determinados proyectos o emprendimientos editoriales, y experimentados en momentos específicos de contacto/relación material? En conjunto, todos elementos, ¿a qué géneros editoriales remiten? Y estos géneros, ¿en qué momento histórico, y bajo cuáles condiciones sociales, económicas y políticas, han surgido y se han consolidado? Hoy, ¿cuáles son las subjetividades predominantes en disputa? Y estas subjetividades, ¿tienen correlato con el desarrollo de géneros editoriales específicos? Estas preguntas, que están en la base del trabajo de tesis de referencia, es posible ahora articularlas a partir del entramado conceptual desarrollado en torno a los géneros editoriales.

Demostrar que ciertas matrices de subjetividad desarrollan sus propias narraciones instituyentes que se materializan e incluso industrializan en el sistema de los géneros editoriales, es el objetivo propuesto para hacer un aporte específico a la comunicación en el marco de las ciencias sociales y las humanidades. Es en este sentido que se intenta, con este trabajo, fundamentar la incorporación del estudio de la edición como una variable de relevancia dentro de este ámbito del conocimiento, en este caso en relación a los estudios de la subjetividad.

La construcción de la identidad social, de todo aquello que une a una comunidad en torno a un pasado reconocible y a determinados usos, prácticas y problemáticas compartidas, es posible merced a la convivencia de sujetos que tienen en común determinados trayectos sociales, mediatizados a su vez por actores que participan activamente en la producción, visibilización y circulación de los contenidos culturales compartidos en producciones específicas. Ese trabajo con la materialidad y los vehículos de la cultura es el que se le reconoce aquí a la edición, no de manera excluyente, pero sí de forma representativa, como medio característico de la transmisión cultural.

La formación de subjetividad se relaciona desde un marco sociológico con la emergencia de las “identidades” que se asientan en una sociedad (Giddens, 1998). La incidencia de dichas identidades se vehiculiza por medio de las “representaciones colectivas” planteadas por Durkheim (1968), cuyo desarrollo en el campo específicamente de la cultura fue dando forma al concepto de las denominadas “identidades culturales” (Du Gay y Hall, 2003).

El énfasis metodológico en las mediaciones culturales masivas o de largo alcance implica reconocer que una parte importante de los actos esenciales que conforman la vida cotidiana se resuelvan por el recurso de la intercesión comunicativa, lo cual incluye acciones específicas, representaciones y modalidades de organización social (Martín Serrano, 2007: 15-27). De tal forma, se trata de un proceso localizable en ciertas dimensiones del plano social objetivo, en ese “mundo de la vida” compartido donde se conjugan intersubjetivamente creencias e intereses (Habermas, 1990: 69-71), siendo por ello materialmente cotejable, como así también relevante para el estudio de su impacto en el plano de las formaciones subjetivas y los individuos.<sup>9</sup>

De acuerdo al propósito de comprender el grado en que los cambios acaecidos en la subjetividad contemporánea, en el pasaje del siglo XX al XXI, inciden en la reformulación de los géneros editoriales, los casos paradigmáticos a estudiar de forma comparativa serán los géneros editoriales de la “autoayuda empresarial” y el de “memoria social”. La disputa por la subjetividad contemporánea es un proceso en el cual se observa como paradigmático, en las últimas dos décadas

---

<sup>9</sup> En ese plano social se visibilizan, como se vio, los géneros editoriales, en un sinnúmero de lugares que incluyen librerías de todo tipo, catálogos de editoriales o de diversas instituciones, bibliotecas públicas y también personales, programas de estudio, etcétera.

del siglo XX, el ascenso y consolidación del género de la autoayuda en general y de la autoayuda empresarial en particular, sucedido en la Argentina por la creciente consolidación y expansión de otro género, en el pasaje de siglo, que toma forma en torno a la memoria histórica y social.

### **Subjetividades en la transición entre siglos**

El contraste entre los géneros planteados anteriormente excede toda explicación por vaivenes del mercado, en cuanto se reconoce su confluencia histórica con acontecimientos y cambios sociales determinantes. Es precisamente en tales procesos que un medio de comunicación de información y conocimientos, como es la edición, actúa como mediador sincrónico situado en la sucesión histórica de la transmisión. Por ello comunica, no de forma reducida al rango de mero instrumento —de acuerdo a la concepción de la teoría informacional (Mattelart A. y Mattelart M., 2003: 43)—, sino en un ámbito concreto en relación con factores políticos y sociales, como ser, en este caso, el auge del neoliberalismo económico y político implantado en el “tercer mundo” en el último cuarto del siglo XX, o bien los procesos de recuperación de las democracias nacionales y populares en los estados latinoamericanos a comienzos del siglo XXI. Así se inscribe, desde los debates contemporáneos, en la sucesión temporal del sentido que conforma una comunidad, donde trabaja sobre la formación de la cultura y las subjetividades que comporta.

La sociedad instituida globalmente a fines del siglo XX erigió desde sus estamentos de poder transnacional y corporativo la competitividad individual por sobre la construcción social colectiva, dando forma a una matriz individualista que aun hoy perdura en diversos estratos y prácticas sociales. En ello, la edición es usada como una vía privilegiada para reproducir el imaginario del individualismo, con géneros como el de la autoayuda y derivas como el *management*, difundiendo competencias que el sujeto debería adquirir en su presente, desligado de la historia social y de todo proyecto colectivo. Sus promotores ocupan con esto el rol de “guías culturales”, agentes sociales de la individualidad normativa que procuran delimitar y reencausar los “descarrilamientos” de la

subjetividad. En términos de Freud (2006: 65-140), serían los conductores del “super-yo”: ejecutores de un proceso que sustrae de la psiquis de los sujetos la energía que requiere el propio sistema instituido para su expansión y desarrollo.

Esos valores condujeron a una crisis tanto existencial como material que en este nuevo siglo da lugar al resurgimiento de proyectos ligados, en nuestro ámbito de análisis, al sentido diacrónico de la edición. Muestra de ello es la importancia creciente que toman en este nuevo siglo, por ejemplo, espacios de restitución de la historia acallada, como es el revisionismo histórico. Se encuentra asimismo el nuevo ímpetu que ha tomado la producción y difusión de obras relativas a la memoria social, esto es, a la constitución de un discurso público relativo a la experiencia reciente que es compartida en las memorias subjetivas y colectivas de un vasto grupo social.

Se trata de la reconstrucción de un campo de estudios sociales sobre la memoria enmarcado en diversos movimientos que trascienden los claustros académicos, y que es impulsado por reflexiones vinculadas fundamentalmente al terrorismo de Estado en el pasado reciente, junto con testimonios y disputas varias por las narrativas sociales (Badenes y Grassi, 2011: 9). Al igual que en el caso del revisionismo histórico —pero con objetos y alcances diferenciados, yendo de lo histórico a lo social—, se encuentra una nueva resignificación donde el individuo, saliendo de su confinamiento neoliberal, vuelve a restituirse como sujeto histórico y parte de una comunidad.

Más allá de inscribirse estas distintas propuestas evidentemente en una larga genealogía de antagonismos (el revisionismo respecto de la historia “oficial”; la memoria social respecto del individualismo y el olvido), aportan aquí el reconocimiento de las significaciones que, como explica Laclau (1987: cap. 3), suelen resultar contradictorias, y afectan la identidad de los sujetos. En un contexto global donde las relaciones sociales fluyen inestables, adquieren relevancia estos devenires identitarios con sentido potencial. De aquí la importancia de estudiarlos comparativamente para ver, en el presente, sus formas de acción en los procesos de mediación sociocultural, en virtud de la coexistencia de los géneros discursivos en relación a la subjetividad contemporánea (Arfuch, 2002).

## Conclusión

La propuesta de fundamentar, a partir de la noción de géneros, un nuevo marco teórico para un medio tradicional como es la edición, permitió ir definiendo la posibilidad de analizar un tipo particular de narrativa asentada y transmitida en un producto cultural definido, y así observar en él los diálogos entablados por aquellos géneros que tratan, desde una y otra postura, la construcción del sujeto actual. De la obra a las formaciones editoriales genéricas, se ha podido ver, si bien de forma resumida y preliminar, el marco teórico para investigar el devenir social de un género y su conformación ideológica en un plano central que es la formación de subjetividad en nuestro tiempo. Se trata de preguntar a los textos lo que saben sobre el sujeto moderno, pero no solo a ellos de forma animista (lo que sería un análisis inmanente), sino también a sus modalidades y formas concretas de circulación y existencia en el mundo social, comprendiendo todo esto no como algo “complementario”, sino como parte constitutiva de lo que aquí se define como géneros editoriales. No se trata, tampoco, de redefinir el objeto “subjetividad”, sino observar el modo de nuestro ser en el mundo (Bürger Ch. y Bürger P., 1996: 9-28); en este caso, a la luz de la praxis editorial, y así percibir la permanencia propia de aquellas matrices culturales que otorgan a una época su unidad y a la vez su potencialidad de disputa y transformación.

Si se permite, es posible vislumbrar un fin último: el de hacer un aporte a la construcción de las herramientas necesarias para afrontar los desafíos y las transformaciones contemporáneas, no dando una solución para la acción inmediata y refleja, sino, como dice Bauman (2004: introducción), echando luz sobre las formas en que los sujetos se construyen en sociedad, viendo bajo cuáles condiciones, y ligados a cuáles intereses. Si se asume, con Ortiz (1996, cap. 2), que las culturas locales están penetradas por la mundialización, se comprende entonces que pensar cada formación como unidades autónomas no resulta consistente. Por ello, las propuestas a estudiar —la del individualismo globalizador, y la de la historia y la memoria social recuperada local y

regionalmente—, se han asumido como representativas de esa tensión permanente en la cual se hallan los sujetos, entre lo local y lo global, entre lo individual y lo comunitario e histórico.

Respecto de los fundamentos teóricos aquí propuestos para avanzar en este trabajo, es importante observar que permite concebir la realización de la actividad editorial más allá del objeto industrial aislado, como un proceso mediador y a la vez productor de cultura y comunicación. Los géneros editoriales son parte activa del discurso social, y desde allí se inscriben en el proyecto cultural de una sociedad expresado en una praxis concreta dentro de sus sistemas y procesos de producción.

Desde este lugar, es posible repensar la edición como una particular forma comunicativa de la cultura desde la cual se desarrollan emprendimientos estratégicos de mediación social (Martín Serrano, 2007: 20-27) y debates y problemáticas de marcada incidencia pública, con aspectos cruciales para una comunidad como pueden ser los relativos a la formación del sentido en diversas esferas discursivas, la experiencia de lectura, el acceso al conocimiento, la definición de los cánones, la creación intelectual y, en nuestro caso específico, el desarrollo de la subjetividad.

Con esta nueva perspectiva epistemológica, se pone en evidencia que las problemáticas socioculturales concernientes a la edición no se agotan en modo alguno en el arco de positivities —conceptos, enunciaciones, estrategias (Foucault, 1979: 298-324)— que se despliegan entre los polos de la mera factura del producto y de su comercialización. Los procesos de comunicación y transmisión editorial interesan al destino de las culturas cuando se conciben como pauta de acción y trascendencia de lo individual: una puesta en comunidad intra e intergeneracional que va de la comunicación a la transmisión de conocimientos e informaciones en el plano de las interacciones sociales e institucionales. En estas coordenadas actúan, con modalidades específicas, los géneros editoriales y las acciones y proyectos que los conducen de forma colectiva.

Tal vez estos principios teóricos, más allá de servir a los fines de la aplicación práctica en la investigación en marcha, sirvan para construir un pensar epistémico distinto del pensar teórico precedente —retomando la distinción de Zemelman (2001)—, que asuma la complejidad del campo de la edición y su necesaria inscripción en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades.

## Bibliografía

- Adorno, Th. y Horkheimer, M. (2006 [1944]). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid, Trotta.
- Angenot, M. (2012). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Axat, J. (2011). “Nota del editor”. En Areta, J., *Siempre tu palabra cerca*. Buenos Aires, Programa Memoria en Movimiento de la Secretaría de Comunicación Pública de la Nación.
- Badenes, D., Grassi, L. (comps.) (2011). *Historia, memoria y comunicación*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Bajtín, M. (2002 [1979]). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Barthes, R. (2003 [1957]). *Mitologías*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2002 [1966]). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Montessor.
- Bürger, Ch. y Bürger, P. (1996 [2001]). *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid, Akal.
- Burke, P. (2005). *Historia social del conocimiento*. Barcelona, Paidós.
- Burke, P. (2011). “La República de las Letras como sistema de comunicación (1500-2000)”. En *IC - Revista Científica de Información y Comunicación*, n° 8, pp. 35-49.
- Castoriadis, C. (2007 [1975]). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets.
- Cavallo, G. y Chartier, R. (dir.) (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Barcelona, Taurus.
- Chartier, R. (1988). *Libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza.

- Daleo, G. *et al.* (2012). *Acá se juzga a genocidas: dibujos, crónicas y fotos*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Darnton, R. (2009). “Google y el futuro de los libros”. En *The New York Review of Books*, vol. 56, n° 2. New York.
- Debray, R. (2001). *Introducción a la mediología*. Barcelona, Paidós.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana.
- Du Gay, P., Hall, S. (2003 [1996]). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Durkheim, E. (1968). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires, Schapire.
- Dussel, E. (1984). *Filosofía de la producción*. Bogotá, Nueva América.
- Foucault, M. (1979 [1969]). *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2004 [1970]). *El orden del discurso*. Buenos Aires, Tusquets.
- Freud, S. (2006). “El malestar en la cultura”. *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Genette, G. (2001 [1987]). *Umbrales*. México, Siglo XXI.
- Giddens, A. (1998 [1995]). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península.
- Gociol, J. (2009). “El Rompecabezas CEAL. Una posible guía de lectura”. En *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Gómez, M. G. (2010). “Mediaciones culturales públicas y privadas en la institución del libro”. En *Espacios de Crítica y Producción*, n° 45, pp. 38-45. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Gómez, M. G. (2014). “Del discurso social al proyecto cultural. Construcción y devenir de los géneros editoriales”. En *II Jornadas de Investigación en Edición*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Habermas, J. (1990). *Pensamiento post-metafísico*. Madrid, Taurus.
- Hesse, C. (1998). “Los libros en el tiempo”. En Nunberg, G. (comp.), *El futuro del libro*. Barcelona, Paidós.

- Jaureche, A. (2007 [1957, 1968]). *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*. Buenos Aires, Corregidor.
- Kaufman, A. (2007). “Imaginario, lecturas, prácticas”. En *La Biblioteca. Lectura y tecnología*, n° 6, primavera. Buenos Aires, pp. 76-83.
- Klein, N. (2005). *No logo. El poder de las marcas*. Buenos Aires, Paidós.
- Laclau, E. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lyons, M. (1998). “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros”. En Cavallo, G. y Chartier, R. (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Barcelona, Taurus.
- Martín-Barbero, M. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México, Gustavo Gili.
- Martín Serrano, M. (2007 [1977]). *La mediación social*. Madrid, Akal.
- Mattelart, A. y Mattelart, M. (2003). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona, Paidós.
- Moszczyńska, K. (2009). *La vida devorada (novela, mujer y sociedad en la España de los noventa)*. Varsovia, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad de Varsovia.
- Ortiz, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Potel, H. (2010). “Las miserias contra la filosofía”. En Busaniche, B., *Argentina copyleft: la crisis del modelo de derecho de autor y las prácticas para democratizar la cultura*. Villa Allende, Fundación Vía Libre.
- Schmucler, H. (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires, Biblos.
- Scolari, C. (2004). *Hacer clic. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*. Barcelona, Gedisa.
- Scolari, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona, Gedisa.
- Sonderéguer, M. (2008). “Presentación”. En *Revista Crisis (1973-1976). Antología. Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Waisbord, S. (2009). “Participación cultural”. En Szurmuk, M. y Mc Kee, I. (coord.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México, Siglo XXI.

Zemelman, H. (2001). *Pensar teórico y pensar epistémico. Los retos de las ciencias sociales latinoamericanas*. Conferencia magistral. México, Universidad de la Ciudad de México.